

Factores que condicionan el presente y futuro de las dehesas

La dehesa es un sistema complejo cuyo desarrollo se ve condicionado por múltiples factores de índole social, económica y ambiental. De la interrelación de estos factores el sistema dehesa ha obtenido un singular equilibrio que ha posibilitado un modelo de actividad económica plenamente sostenible conjugando de forma armónica la explotación de los recursos naturales con la producción de bienes y servicios. Este equilibrio no es estable: alteraciones significativas de los factores modifican el sistema hasta que éste encuentra una nueva situación de estabilidad.

Históricamente, la dehesa se ha asociado a grandes extensiones de terreno, con un uso agrario dedicado fundamentalmente a un aprovechamiento ganadero extensivo de ovino, porcino y bovino. Si los suelos donde se asienta la dehesa hubiesen sido zonas de buena fertilidad agrícola, su destino habría sido análogo al de otras zonas (campiñas, valle del Guadalquivir, vegas orientales...) en las que el arbolado original se empezó ya a eliminar desde la Antigüedad. En la dehesa, por el contrario, el óptimo productivo se logró con un mero aclarado de los árboles, no produciéndose su total desaparición al constituir éstos elementos que proporcionaban tanto productos directos (bellotas, corcho, leña...) como bienes indirectos especialmente valiosos para el manejo ganadero¹. En este marco físico, la disponibilidad y bajo coste de la mano de obra agraria permitían un sistema de baja intensidad donde no se obtenían grandes producciones, aunque sí variadas, y gran parte de lo producido (forrajes, leña...) se reintroducía como nuevo *input* en el sistema.

A mediados del siglo XX, y a la par de las profundas transformaciones sociales, se propició un nuevo escenario para la dehesa. Como sistema agrario, la dehesa ha estado siempre sometida a continuos cambios y reorientaciones productivas. Las desamortizaciones del siglo XIX ya produjeron una alteración considerable de la estructura de la propiedad con la parcelación de amplios terrenos anteriormente en manos de señoríos o del patrimonio comunal de los municipios. Pero estos años centrales del siglo XX se caracterizaron por la magnitud e importancia de los cambios experimentados por la dehesa: reducción drástica de la mano de obra y mecanización de las actividades, simplificación de tareas agrarias y, sobre todo, forestales, búsqueda de mayores producciones cárnicas e introducción de razas foráneas, abandono de producciones que empezaban a tener un valor económico residual (lana, leña, picón...), especialización de las explotaciones en una sola o pocas especies ganaderas, aumento de bienes y servicios importados del exterior para alimentación, sanidad, etc.

Así, con una situación de crisis ante la que, en principio, se pudo temer por la desaparición de la explotación de dehesa, el sistema tuvo la potencialidad para evolucionar hacia una nueva situación de equilibrio, quizá con un carácter más "intensivo", menos multiproductivo y con menor autosuficiencia, pero sin dejar de lado la integración de producción y recursos naturales que seguía siendo la base tradicional del sistema.

Pero esta evolución no se ha detenido y la dinámica de cambios continúa. Las nuevas exigencias de la sociedad en materia de calidad y seguridad alimentaria, la competencia creciente en los mercados internacionales, la progresiva concienciación social en relación con el respeto a los valores ambientales, la agricultura a tiempo parcial, la vertebración de los productores y la industria asociada, el peso económico decreciente del sector primario... Todos estos factores actúan sobre la dehesa guiando o marcando tendencias en su evolución futura.

¹ Entre ellos el permitir una mayor precocidad y una mejor conservación de los pastos por el sombreado que les ofrece, el bombeo de nutrientes por sus raíces desde las capas más profundas del suelo a las más superficiales, etc.

Factores económicos

En un mercado cada vez más globalizado, las explotaciones de dehesa encuentran dificultades para competir si no ofrecen alguna diferenciación en sus producciones. Una estrategia productiva simplemente basada en mayores rendimientos cárnicos es difícilmente competitiva frente a sistemas intensivos específicamente diseñados para tal fin, o frente a las importaciones de producciones extranjeras a bajos precios. Además, una radical intensificación desliga completamente la producción del territorio, que es lo que realmente caracteriza y hace singular a la dehesa.

Igualmente, un sistema más intensivo está sujeto a una mayor dependencia externa en alimentación, energía, etc. Como ejemplo, el coste de los piensos para alimentación se encuentra sujeto a los ajustes de oferta y demanda en los mercados, y las previsiones a corto plazo son de alzas en los precios, especialmente por la importante demanda de cereales que se prevé para su consumo en países emergentes (China, India...) o para su transformación en nuevas producciones (biocombustibles). En todo caso, para obtener un cierto margen económico es imprescindible que las explotaciones obtengan un cierto volumen productivo con unas cargas que los irregulares pastos mediterráneos no pueden soportar y que deben ser ineludiblemente suplementadas con aportes externos de piensos. Además, desde hace ya tiempo, la acuciante falta de pastores obliga a simplificar en lo posible el manejo del ganado mediante cercados, abandonando el desplazamiento de los animales en busca del pasto disponible y reforzando su carácter estante.

Así, el reto que se le plantea a la dehesa consiste en conjugar armónicamente estos aportes externos con sus recursos propios que son, en definitiva, los que pueden diferenciar (al menos potencialmente) sus productos de los que ofrecen otros sistemas. Con un sello de "calidad" o "diferencial" convenientemente reconocido por los consumidores. La menor productividad de estos sistemas extensivos podría ser compensada con un mejor precio que reconozca los valores intrínsecos de los productos, no sólo por sus cualidades organolépticas más apreciables (color, sabor...), sino también porque sean reconocidos como productos obtenidos en un sistema extensivo que proporciona al conjunto de la sociedad determinados bienes y servicios cada vez más demandados (paisaje, regulación hídrica, fijación de CO₂...). En este sentido, las políticas de fomento de productos de calidad en los mercados constituyen una directriz estratégica en el diseño futuro de la producción agraria, tanto desde instancias comunitarias y nacionales como autonómicas. La Administración debe acompañar y apoyar las iniciativas que pongan en valor estos valores y que permitan su reconocimiento social.

Factores sociales

La renovación generacional de los titulares y trabajadores de las explotaciones constituye, sin duda, un factor trascendental en la pervivencia del sistema. El entorno de la dehesa no es ajeno al envejecimiento de la población rural y la pérdida de población activa es un hecho especialmente significativo en los municipios cuya economía depende de las actividades agrarias. Además, debe considerarse el escaso atractivo que estas actividades tienen para los jóvenes. La dedicación a tiempo completo que exige el manejo ganadero no es compatible con las preferencias sociales por condiciones laborales que permitan cierta flexibilidad en horarios y disponibilidad de tiempo para el ocio. También es notoria la carencia de trabajadores especializados en las labores silvícolas, especialmente en las zonas de dehesa donde ya no hay un aprovechamiento forestal de importancia que fomente su presencia.

Una vía de solución para este problema comienza a vislumbrarse con el recurso a mano de obra inmigrante, que incluso en algunos casos llega a la dehesa con alguna experiencia en labores de pastoreo en sus respectivos países de origen. Su presencia está permitiendo en

muchos casos la continuidad de estas tareas de las explotaciones, aunque es preciso diseñar actuaciones que palién la alta rotación laboral que se da en este colectivo y que no permite actualmente una planificación y gestión en las explotaciones a medio-largo plazo.

Por otro lado, es un factor claramente esperanzador en el desarrollo del entorno social de las dehesas la introducción en el medio rural de iniciativas dinamizadoras, que intentan hacer de estas zonas rurales lugares atractivos para vivir y desarrollar actividades económicas. En el caso de aquellos jóvenes emprendedores que apuestan por acceder a la actividad agraria, éstos se encuentran con la dificultad añadida que suponen los altos precios del suelo. Una explotación de ganadería extensiva de dehesa requiere amplia extensión de terreno para ser rentable el aprovechamiento de los pastos, lo que suele orientar a estos jóvenes con un perfil más "profesional" a establecerse en explotaciones de carácter más tecnificado e intensivo y con pequeña base territorial. Un ejemplo de ello sería el relativo auge de las explotaciones de caprino de leche en el entorno de las dehesas de las Sierras de Ronda-Grazalema.

Factores ambientales

El monte aclarado con pastos y árboles del género *Quercus* (en menor medida con acebuches) constituye la base territorial de las dehesas, en la cual se han conjugado de forma equilibrada y sostenible importantes valores ambientales (flora, fauna, paisaje...) con actividades productivas. Dentro de los activos ambientales de las dehesas, posiblemente sea el estado del arbolado de las dehesas el mayor problema ecológico que éstas presentan, tanto por la falta de ejemplares jóvenes que garanticen su renovación como por la expansión de enfermedades y plagas ("seca", ataques severos de cerambícidos...) que lo deterioran. Sin arbolado, las dehesas evolucionarían hacia meros pastizales, poco productivos, sujetos a mayores riesgos erosivos, y con una importante pérdida de biodiversidad.

En esta necesidad de mantener la estructura arbolada se detectan dos factores relacionados con la explotación que pueden impedir o frenar la regeneración natural: un aumento descompensado de las cargas ganaderas que dificulte la pervivencia de los brotes jóvenes, y la tendencia ya apuntada de reducir al mínimo (o incluso eliminar) las labores y cuidados silvícolas (podas, desbroces, renuevos...) que se realizan en las explotaciones como consecuencia de su coste económico elevado en un contexto donde los gestores de las explotaciones estiman su utilidad como poco clara y a un plazo demasiado largo.

Ante esta situación se han puesto en marcha diferentes líneas de estudio e investigación para ofrecer soluciones a ganaderos y silvicultores para el mantenimiento del arbolado y su compatibilización con sus actividades. Este compromiso público de apoyo requiere de tiempo para concretarse en resultados, al igual que otra actuación encaminada al restablecimiento del arbolado: la forestación de tierras con especies arbóreas autóctonas. Los terrenos forestados con ejemplares de quercíneas constituyen unas dehesas *potenciales*, que pueden ser aprovechadas como tales trascurrido un plazo necesario de tiempo para permitir que sean compatibles un arbolado ya suficientemente establecido con el desarrollo de las actividades agrarias.

Por otra parte, la dedicación exclusiva de dehesas tradicionales a actividades recreativas, especialmente cinegéticas, conlleva una mayor presencia de matorrales que las dehesas "limpias" con pastos. Las propias manchas de matorral alternadas con pastizales son completamente necesarias para el desarrollo de la caza. Este cambio de la orientación productiva se ve favorecido por los altos costes que tienen las tareas de desbroce y limpieas, especialmente en los terrenos agrestes, dado que el control del matorral por el ganado difícilmente es asumible o aplicable por la escasez de pastores. Aunque, por regla general, el estado ecológico de estas dehesas suele ser bueno, el cada vez mayor número de animales

(especialmente ciervos) por la proliferación de estas explotaciones cinegéticas, puede ocasionar problemas en zonas concretas de las fincas, achacables a cargas excesivas concentradas en puntos determinados. Así mismo, no debe obviarse que una presencia abundante de matorral deja sobre el terreno un material potencialmente combustible y exige un control adecuado ante el mayor riesgo de incendios.

A un plazo temporal más lejano, las dehesas pueden tener que afrontar las consecuencias de un hipotético cambio climático. Junto con la mayor proliferación de plagas y enfermedades, unas mayores temperaturas serían especialmente graves para los alcornocales de las dehesas gaditanas. Su frágil equilibrio ecológico se quebraría siendo sustituidos en este escenario climático por acebuchares. En una situación también inestable se encontrarían las zonas de dehesa que disponen de una menor pluviometría (Pedroches y las manchas de dehesas dispersas por la Andalucía oriental). Todo ello exige el desarrollo de actuaciones preventivas que permitan anticiparse a estos escenarios, especialmente enfocadas al uso sostenible de los recursos (agua, suelo)..

Igualmente, no debe obviarse el importante papel que desempeñan las dehesas en la lucha contra este cambio climático. El adecuado manejo ganadero del suelo, la gestión eficiente de los pastos y la regeneración del arbolado pueden ser herramientas valiosas en este sentido por su capacidad para almacenar y retener CO₂.

En resumen, la dehesa es un sistema rico y diverso. Pero esta riqueza es motivo de su complejidad y de su frágil equilibrio al tener que conjugar factores muy diversos y, en ocasiones, contradictorios. El primer paso para afrontar con éxito su futuro comienza por ser conscientes de que esta multiplicidad de factores hace necesario que la dehesa sea tratada con actuaciones integrales que respondan a esta complejidad. Para ello, es necesario el compromiso y aportación de todos los agentes públicos y privados implicados en su conservación y proyección futura como fuente generadora de riqueza. En este sentido, el Pacto Andaluz por la Dehesa y la futura Ley de la Dehesa son los ejemplos más evidentes de esta apuesta firme y decidida de Andalucía por la pervivencia de estos espacios de singular valor.